

JESÚS RUIZ MANTILLA

Al día



Galaxia Gutenberg

Jesús Ruiz Mantilla

Al día

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2018

© Jesús Ruiz Mantilla, 2018
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Iberica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 6980-2018
ISBN: 978-84-17355-42-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Paula y Cristina,
por retarme*

Viernes, 21 de octubre

Justo en el filo de los cincuenta y un años, quiero hacer justicia a un regalo. Al cumplir medio siglo, hace once meses ya, mis hijas Paula y Cristina me entregaron este cuaderno. Intuyo que se trataba de una provocación. Mejor dicho, me lo dejaron claro. Querían que les escribiera algo. Aun, a riesgo de haber parecido desdeñoso, lo dejé encima de la mesa del escritorio, retándome discretamente, aunque con insistencia. Debía convertir estas hojas cuadriculadas y vírgenes en un testimonio digno, especial. Pero confieso haber pasado todo este tiempo contemplándolo aterrado. Debía mostrarme a la altura de sus expectativas. Desde niño se retuerce dentro de mí una insistente llamada que no identificaba claramente como poética. Rehuía sus señales. Los balbuceos apenas acababan en esbozos sin proyecto más allá de algunos versos sueltos. Soy un aficionado a su lectura y la recomiendo como inspiración y carburador de cualquier tipo de escritura, incluso del periodismo. O, mejor, debo decir: a día de hoy, más que nunca, del periodismo. La poesía es, ante todo para mí, la indagación permanente en el lenguaje. Y en esta época de lugares comunes, listas chuscas para ganar audiencia en internet e imperio del eufemismo, no hay mejor medicina que la guía y el marco poéticos. Cuando desde el poder se impone el espejismo de la propaganda revestida por lo que, prostituyendo el término, llamamos comunicación, es la verdad del lenguaje desnudo de la poesía la que debe apuntalar y reforzar el periodismo. Ayer, mientras conducía hacia Burgos para mantener una conversación pública con el filósofo Gilles

Lipovetsky, un fogonazo me alumbró: ¿y si mezclara en este cuaderno diario y poesía? ¿Seré capaz de encontrar una fórmula que retroalimente ambas formas? Los poemas que prefiero encuentran su luz en el tesoro de lo cotidiano. ¿Podré dignificar los días de este presente sitiado en algo por lo que merezca la pena levantarse? Y, sobre todo, ¿les gustará a ellas?

Ligero

Si el deseo de ligereza
no acarreará tanta pesadez.
Si el bello diseño de nuestros iPhone
no demudará en crucifixiones
de esclava ansiedad.

Si me librara de todos
estos kilos de más.
Si el diablo que nos empuja
a tener, no alterara
la noble aspiración
de, sencillamente, ser.

Volaría a enmendar
los errores que empañan
día a día mi arbitraria madurez.

22 de octubre

Apunté ayer que estuve en Burgos conversando con Lipovetsky. Acaba de aparecer en Anagrama su libro *De la ligereza*. Pocas veces he tenido la sensación de cómo me describían el presente de manera tan certera. Dice (más o menos) Lipovetsky que la conformación de un mundo en que impera la búsqueda de la ligereza por razones económicas y ecológicas, entre otras, impregna de ese mismo concepto el arte, la cultura, la manera de vivir. Aunque es esa obsesión por el concepto lo que provoca, paradójicamente, una profunda pesadez. Fascinante. He pasado unas cuantas semanas leyendo al autor con placer. No sólo este último *De la ligereza*. También *La era del vacío*, *El lujo eterno*... Después del acto, nos fuimos a cenar. Me cuenta que en Francia, algunos lo consideran un filósofo de chichinabo, que sufre un desprecio de varios círculos universitarios y académicos equivalente a su pasotismo ante ellos. Mientras leía su libro, comenzaba una dieta salvaje, basada en proteínas. He entrado en fase de cetosis: un proceso que provoca, ante la ausencia de glucosa e hidratos, la quema indiscriminada de reservas, es decir, grasas, y no produce apenas hambre. Lipovetsky se ha mostrado solidario y verdaderamente interesado. Un tipo tan cercano como simpático y contundente. Hace más de treinta años predijo en *La era del vacío* teorías sobre el hipernarcisismo que han acarreado inventos como Facebook. ¿No tendrá esta dieta algo que ver con ese cultivo del ego?

Ayer también nos reunimos con Alfonso Aijón. Estuvimos Vëra, Manolo Gutiérrez Aragón y servidor. Le pro-

pusimos hacer un documental sobre su vida y aceptó encantado. La decisión, tan natural, ha sorprendido a Ángela, su esposa. Aijón es una especie que se extingue. Se ha encargado de armar la estructura de ciclos musicales que impera hoy en España con su empresa Ibermúsica. Es algo que ya inventó medio siglo y a lo grande. Ha conseguido traer a España asiduamente a las mejores orquestas, directores e intérpretes del planeta durante tres generaciones. Hoy tiene ochenta y cinco años pero sigue con sus excursiones anuales al Himalaya. Y es que antes de haber asentado lo que en buena parte representa un modelo para la música que imitan desde el sector público y privado, Alfonso tuvo una vida, eso, de película: fue enterrador, periodista, escapó dos veces de la muerte en accidente de avión. Disponemos de tres años o así para hacerlo. Además, supondría el regreso de Gutiérrez Aragón al cine. Véra y yo estamos entusiasmados con la idea y aunque Manolo no lo demuestre, también. Si no, no sería él. El documental representa en este caso una doble hazaña: que Aijón, de natural discreto, haya aceptado es una. Pero que Manolo se haya metido, también.

Frontera

(Lavapiés)

Hombres del saco, flores en la plaza.
Sonámbulos borrachos.
Bohemios desafiantes.
Ecos de tambor, palmas al aire.
Niños que son príncipes de la calle.

Comercios vintage.
Tiendas para mi madre.
Locutorios donde vibran
todos los acentos.
Droguerías de tóxico perfume,
con su efluvio entrañable.

Alfombra de orín
para la acera cosmopolita
que acoge nuestras pisadas
y otea los rumores
que confunden el barrio
en su encrucijada
de vecinos y caminantes.

23 de octubre

Llevamos en la calle Colegiata más de veinte días. Nos acabamos de mudar, como quien dice. Hoy es domingo y llueve. Hasta ahora hemos vivido en Lope de Vega, barrio de las letras, a una manzana de donde está enterrado Cervantes y a tiro de piedra de donde vivió él al final de sus días, próximo al propio Lope y también a Quevedo y Góngora. Hemos cambiado ese amable vecindario *radical chic*, que diría un italiano, *bobo* –*bohemian bourgeoisie*– para los franceses, *jipijo*, aquí, en Madrid, por la contundencia de esta frontera. Nuestra casa queda en el vértice que une el antiguo barrio con La Latina y Lavapiés, en plena plaza de Tirso de Molina. Un cruce donde se alternan subsaharianos con carga de top manta envuelta en sacos rumbo a la Gran Vía y alrededores, chinos, magrebíes, latinoamericanos, una buena porción de población gay, estudiantes, auténticos representantes de la raza caló, activistas, okupas, tendencias ideológicas en ascenso y declive, dependientes de *boutiques* y tiendas al por mayor, comercio de toda la vida, carnicerías, fruterías, pescadería de ensueño, casquería, incluso... Restos de quienes han habitado el barrio desde siempre –que llevan cara de aceptar, pero no entender apenas nada– con la explosión permanente del cambio. Para enterarse de lo que es el mundo de hoy, conviene darse una vuelta por aquí. No digamos vivir, entonces formas parte de este hábitat excitante y convulso, con un punto más de clarividencia. Me dispongo a ser testigo. Sé que es algo que de muchas formas me ayudará a entender. Nos ha alquilado la casa nuestro amigo Javier Rioyo. Va a pasar al menos tres

años en Lisboa como director del Instituto Cervantes. Al quedar viudo de nuestra adorada Celia Davara, con el luto latente, la casa se le caía encima. Está atravesada por la luz, tiene un salón amplísimo abierto a la cocina y el pasillo, dos fantásticas habitaciones y una terraza desde la que divisamos la Almudena, ese horror, la sierra noroeste y la llanura sureste, en un eje amplísimo, panorámico, envolvente. Los fines de semana, de noche, se mezclan y se encuentran una buena muestra de sonidos: la juerga flamenca emerge de los alrededores de la plaza de Cascorro, el murmullo de los tambores africanos, del corazón de Lavapiés. A veces, piden paso los Hare Krishna y algunas sirenas permanentes. A Věra y a mí nos subyuga ese poderoso magnetismo dinámico de lo transformador, de la metamorfosis. Ese cosmopolitismo de supervivientes recién llegados, aunque siempre de paso, no se sabe bien hacia dónde. Hemos desenvuelto las cajas en una semana: tiempo récord. Falta rematar el orden de la biblioteca, recuperada tras meses de abandono en un trastero. Esta separación forzada de mis libros ha durado ya demasiado tiempo. En la nueva casa, sobran estanterías. Javier es letraherido, como nosotros. Los coloco con el mismo mimo con que uno arropa al hijo pródigo cuando regresa a casa.

Lluvia

De niño creo que me entristecía,
pero sentí su ausencia en la meseta.
Supe entonces que su armonía
de continuo y fértil fragmento
corre dentro de mí, marca su senda.

Me alegra recibir la lluvia.
El prólogo de las nubes construye
esa sonrisa de bienvenida regeneración.

Celebro su idilio con las aceras, tanto
como su difusa presencia en la playa.
Siempre quedo atento a la resonancia
que emprende con las hojas,
cuando llama a la puerta de los parques.

Me río ante el fastidio que provoca
a quienes la detestan.
Envidio a los amantes empapados,
que se atreven con el desafío de los besos.
También la alegría de Gene Kelly,
el chapoteo y su paraguas,
como perfecta pareja de baile.

Disfruto con el desconcierto
de aquellos a quienes sorprende,
sin guarida, sin gabardina,
sin rastro de cobijo en los soportales.

Constato la gratitud de las flores
y de las plantas al recibirla...

Amanece este domingo.
Y el metal amable del cielo
sobre Madrid me devuelve
al cobijo de mi infancia.

26 de octubre

Sevilla...

Nos fuimos a Sevilla para presentar *Hotel Transición*. Me hizo el honor Fernando Iwasaki. Admiro a ese cabrón. Es un estilete de palabras, maestro del cuento, soberbio novelista, agudo pensador. Aparte, un laboratorio de mestizaje andante: abuelos japoneses, antepasados ecuatorianos, italianos, españoles. Hijos andaluces. Dirigió la Fundación de Cristina Herren, una escuela internacional de flamenco fundada por una multimillonaria estadounidense enamorada del género. De ahí ha salido, entre otros, la gran Rocío Márquez. Ahora, Iwasaki enseña en la Universidad Loyola. Su literatura es precisa, llena de chispa, deudora a partes iguales de Cortázar, Borges, Rabelais, Cervantes o Jaroslav Hašek. Mantiene en tensión permanente una prosa precisa, tan medida como exuberante. Domina multitud de hablas y acentos, es un radar de oído transversal y lenguajes de la calle. En sus historias, se mueve con la misma destreza entre el lumpen y los palacios. Los salones de té y los burdeles. Me tentó: «Quiero hacer un grado de artes escénicas. ¿Por qué no te doctoras en algo y te ficho?». Puede que hasta siga sus consejos en ese camino. Desde hace tiempo necesito cambiar de aires. Siento la necesidad de despejarme de nimiedades para concentrarme más en la escritura. Por la tarde comencé mis clases en el máster del CEU. Siete años ya, si no me equivoco, a los que sumo diez en la escuela de *El País*. Disfruto con la docencia, me garantiza una reposada reflexión. Necesito cada vez más alejarme del ruido. No me conviene. No nos conviene.

Ellos

(Los libros)

Inquilinos de mi alma, acervos de mi piel.
Arquitectos de conciencia.
Pregunta multiplicada que reta
cualquier sombra holgazana de ignorancia.

Impregnáis mis ojos, excitáis la soledad.
Retáis la indolencia desde las mesitas.
Altivos, reposados...
Desde la atalaya de las estanterías,
lanzáis la tentación del vicio sin castigo,
que dice Valéry Larbaud.

Os abandoné en la oscuridad
de un trastero.
Ganó la partida el remordimiento.
Volví a encontrar espacio digno.
Cama y comida,
para que viváis siempre conmigo,
bajo la insobornable promesa
de aumentar la familia.

El azar nos hizo emparentar
con unos hermanos checos.
Hoy conversáis en medio
de este Babel de paredes,
pensión de caprichosas procedencias,
en vuestro asilo políglota...

Hijos de la duda,
me confieso ante vosotros a diario.
Jugamos, bailamos, discutimos.
Vivo con lo que de cada uno
de vosotros cogí prestado...